

PRIMERAS TENTATIVAS POR LA CONSERVACION DE GALAPAGOS

A principios del siglo XX había una actitud de desesperanza entre las pocas personas que estaban conscientes de la importancia científica del Archipiélago de Galápagos. Los balleneros extranjeros y cazadores de focas dejaron de ser una amenaza luego de sacrificar tantas ballenas, focas y tortugas gigantes al punto de volver su industria improductiva, pero los sobrevivientes de los varios intentos de asentamientos humanos, junto con sus animales domésticos, condujeron inexorablemente a algunas de las especies nativas de las islas hacia la extinción. Y no hubo autoridad para impedir esta tragedia.

Los científicos concluyeron que su mejor camino era recolectar todos los especímenes posibles, como prevención antes de que fuera demasiado tarde. A la vuelta del siglo, Lord Rothschild, usando California como base, promovió una expedición de recolección para su museo en Tring, Inglaterra. La Academia de ciencias de California siguió esta iniciativa y recolectó a una escala aún mayor. La expedición de la Academia en 1905-06 realizó el primer censo completo de la vida silvestre de Galápagos y el hecho de que su equipo científico de primera línea registrara solo una clase de focas peleteras, durante su estudio de un año de duración, dio un indicio de las inminentes amenazas a la vida silvestre única de las islas. La recolección a gran escala, en el nombre de la ciencia, puede haber producido una situación más grave, sin embargo, a pesar de los errores, estas tempranas expediciones a la larga ejemplificaron el permanente interés de Inglaterra y California en las Galápagos.

El pesimismo persistió entre las dos guerras mundiales, como se aproximaba el centenario de la visita de Charles Darwin en 1835, en Ecuador y en otras partes se comenzaron a contestar las preguntas sobre si era realmente inevitable la destrucción de las extraordinarias riquezas naturales de las islas. En Ecuador, una Corporación Científica Nacional propuso estudios con vista a promocionar la protección de la naturaleza y el establecimiento de una estación científica. La Universidad de Guayaquil y Misael Acosta-Solís de Quito estuvieron activos en este mo-

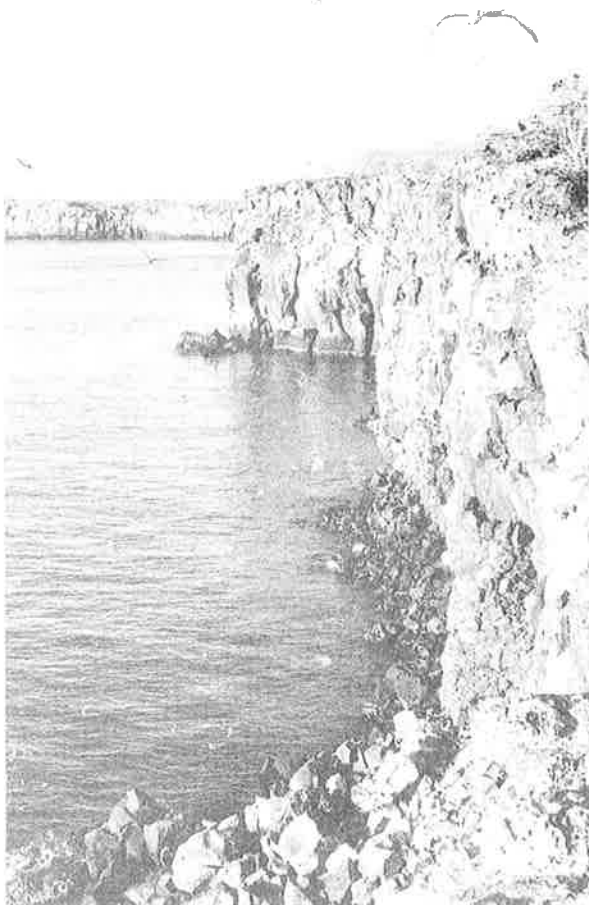
vimiento. En California, el Cónsul del Ecuador, C. M. Egas, no solamente exhortó a su gobierno a promulgar una legislación de conservación, sino también reclutó el apoyo de individuos e instituciones influyentes, como Harry S. Swarth de la Academia de Ciencias de California, Robert T. Moore del Instituto de Tecnología de California y Harold J. Coolidge del Comité Internacional para la Vida Silvestre.

Una iniciativa separada, cuyos promotores se encontraban en Ecuador y Europa, fue la "Expedición en Memoria de Charles Darwin", organizada y dirigida por Víctor Wolfgang von Hagen. El grupo navegó desde Guayaquil y erigió un monumento a Darwin en la Playa de la Isla San Cristóbal, exactamente donde el joven naturalista había desembarcado cien años atrás. Posteriormente von Hagen llevó su mensaje al Reino Unido, donde Julián Huxley promovió el Comité por Galápagos en Londres, en el cual estaban representadas la Royal Society, la British Association y otros cuerpos científicos precursores. El comité propuso la consecución de £100,000 para fundar la estación científica en las islas, fin que aún no se había logrado cuando estalló la guerra en Europa en 1939. No obstante, en los Estados Unidos los esfuerzos continuaron y en 1941 Waldo Schmidt, del Instituto Smithsonian, efectivamente fue a las islas con la entusiasta aprobación del Presidente Roosevelt, quien estaba profundamente interesado en las Galápagos, ya que las había visitado en 1938. El objeto de la expedición fue establecer un laboratorio y estación meteorológica en la Isla Seymour Sur (Baltra), pero Pearl Harbour intervino y en lugar de una estación científica los Estados Unidos construyeron una base aérea. Más tarde su construcción probó ser de crítica importancia en la historia de las Galápagos.

Un fino rayo de luz pasaba sobre estas diversas propuestas, y era que el archipiélago necesitaba tanta protección legal para su vida silvestre como una estación para investigación científica. Desafortunadamente hubo poca o ninguna coordinación entre las varias iniciativas. El gobierno promulgó la esperada legislación, puntualizando las áreas que serían consideradas

como santuarios de vida silvestre y prohibiendo la matanza de ciertas especies (Decretos: R.O. 257 de 31 de agosto de 1934 y R.O. 189 de 14 de mayo de 1936); pero no había ninguna administración capaz de implementar estas leyes en el escasamente poblado archipiélago. Por su parte, los científicos internacionales nunca consiguieron juntos organizar una asociación no gubernamental que pudiera haber provisto un sustituto parcial para una autoridad nacional. En la década de

1930 la necesidad de la conservación fue muy poco apreciada aún por los científicos. Pese a que algunos países habían creado ya parques nacionales, en el caso de Galápagos, si bien existía la legislación al respecto, al no existir un cuerpo nacional o internacional capaz de encargarse de sus problemas, la degradación continuaría su marcha. Tuvo que pasar otro cuarto de siglo antes de que se tomara una acción efectiva.



Bahía Darwin, Isla Genovesa
Fotografía de Roger Perry



Dibujo de Charles Darwin realizado en 1840
Reproducido por cortesía de los Síndicos de la
Biblioteca de la Universidad de Cambridge